

ENSAYO CRITICO SOBRE LAS FUENTES DE INFORMACION

Traducción presentada al Seminario de investigación de la Literatura Peruana Prehispánica en las Crónicas de Indias, de la Cátedra de Historia de la Literatura Americana y del Perú, por la Señora Ruth Cady Adams.

El estudiante de la civilización de los Incas buscará información primero en los escritores españoles que vieron durante o inmediatamente después de la conquista española. Estos pudieron conversar con los indígenas que efectivamente vivieron antes de la caída de los Incas, y que vieron el funcionamiento del sistema incaico antes de que empezara la obra de destrucción y ruina. El estudioso se dirigirá en seguida a los investigadores y comentadores laboriosos que, aunque no vivieron tan cerca de los tiempos incaicos como los otros, pudieron recoger tradiciones y otra información de los indígenas que conservaron cuidadosamente todo cuanto les tramitieron sus padres. Estas dos clases incluyen a los escritores de los siglos XVI y XVII. Los escritores que se ocuparon en estudiar la lengua Quechua y la literatura de los Incas produjeron obras cuyo conocimiento es esencial para un estudio del tema. Finalmente, el exámen de las publicaciones de viajeros y estudiosos modernos cuyos trabajos arrojan luz sobre las obras de los primeros cronistas, o describen el aspecto actual de las reliquias antiguas, mostrará el estado actual de un estudio que está aún lejos de completarse, y cuyo interés y atractivo invitan a investigación y averiguación ulteriores.

En el primer grupo de historiadores coloniales acerca del Perú antiguo está Pedro de Cieza de León. En otro lugar se hallará una exposición general de sus obras y por consiguiente se limitará a una apreciación de los trabajos de este autor en lo referente a la historia y civilización de los Incas. Cieza de León concibió el deseo de escribir un relato de las cosas extrañas que se veía en el nuevo mundo cuando era todavía un soldado joven. "Ni la fatiga", nos dice, "ni la aspereza del país, ni las montañas ni ríos, ni el hambre y sufrimiento intolerables fueron jamás suficientes para impedir mis dos deberes, a saber, escribir y seguir mi bandera y mi capitán sin falta." Nues-



tro cronista terminó la Primera Parte de su crónica en setiembre de 1550, a los treinta y dos años de edad. Es principalmente una descripción geográfica del país, y contiene muchos informes, como la descripción de los caminos y puentes de los Incas, que poseen gran valor. Pero es a la segunda parte de esta crónica que debemos mucho de nuestro conocimiento de la civilización incaica. Por noticias incidentales sabemos con qué diligencia el joven Cieza de León estudió el gobierno y la historia de los Incas, después que escribió su descripción pintoresca del país en la Primera Parte. Interrogó a menudo a los indios acerca de lo que sabían de su condición antes de que los Incas fuesen sus señores. Inquirió acerca de las tradiciones del pueblo, de los jefes de los pueblos. En 1550 se dirigió al Cuzco con el propósito expreso de recolectar información, y conferenció diligentemente con uno de los descendientes del Inca Hyana Ccapac. El plan de Cieza de León para la Segunda Parte de su trabajo era, primero analizar el sistema de gobierno, y segundo relatar los acontecimientos del reinado de cada soberano. No escatimó esfuerzo para tener la mejor y más auténtica información, y su simpatía para el pueblo conquistado y su generosa apreciación de las muchas nobles cualidades da especial encanto a su narración. Da testimonio notable de las dotes históricas de los Tetrados de la corte de los Incas. Después de expresar que a la muerte del soberano los cronistas relataban los acontecimientos de su reinado a su sucesor añade, "Podían hacer esto perfectamente porque entre ellos había algunos hombres de buena memoria, juicio sano y genio sutil, y dotado de pleno raciocinio como de ellos podemos dar testimonio, quienes los hemos oído aún en estos nuestros días". Cieza de León es seguramente una de las más importantes autoridades sobre historia y civilización incaica, si consideramos sus calidades peculiares, su diligencia y habilidad, o su carácter como historiador concienzudo.

Juan José de Betanzos, como Cieza de León fué soldado de la conquista. Casó con una hija de Atahualpa y se estableció en el Cuzco donde se consagró al estudio del Quechua. Fué nombrado como intérprete oficial de la Audiencia y de virreyes sucesivos. Escribió una *Doctrina* y dos vocabularios que se han perdido. En 1558, el virrey Marqués de Cañete lo nombró para que tratase con el Inca Sayri Tupac que se había refugiado en las alturas de Vilcabamba; y por el gobernador Lope García de Castro para entablar negociaciones análogas con Titi Cusi Yupanqui, hermano de Sayri Tupac.

Tuvo buen éxito en ambas misiones. Escribió su obra más valiosa, *Suma y Narración de los Incas* que terminó en el año 1551 por orden del virrey Don Antonio de Mendoza, pero la obra no fué publicada entonces por la muerte del virrey. Esta permaneció en forma de manuscrito y quien reveló primero su existencia fué el Dominicano Fray Gregorio García en 1607, a cuya propia obra nos referiremos en seguida. García manifestó que la historia de Betanzos que refiere al origen, linaje, sucesión, y guerras de los Incas

se hallaba en su poder y le había sido de gran utilidad. León y Antonio de Pinelo dieron también noticias breves del manuscrito, pero Frescost lo cita solamente dos veces. El gran historiador obtuvo probablemente una copia de un manuscrito del Escorial por medio de Obadiah Rich. Este manuscrito está encuadernado con la segunda parte de la obra de Cieza de León. Sin embargo no parece que García poseyó la obra entera, sino solamente los primeros dieciocho capítulos y el último incompleto. Tal como se halla fué editada e impresa para la *Biblioteca Hispano-Ultramarina* por Don Marcos Jiménez de la Espada en 1880.

La obra de Betanzos se diferencia de la de Cieza de León porque mientras ésta muestra inteligencia y discreción en la recopilación de informaciones lo cual da a aquella gran peso de autoridad, aquel se deja inbuir por el propio espíritu de los aborígenes. El relato de los preparativos del joven Yupanqui para su lucha a muerte con los Chancas refleja la vida en su vigor pintoresco. Betanzos ha retratado los sentimientos y el carácter de los indígenas como ningún otro español lo hizo ni probablemente pudo haberlo hecho. Casado con una princesa Inca e íntimamente versado en el idioma, éste, el más letrado de los conquistadores, solamente le cede a Cieza de León como autoridad. Se ignora la fecha de su muerte.

Betanzos y Cieza de León juntamente con Pedro Pizarro son los escritores entre los conquistadores cuyas obras se han conservado. Pero estos tres letrados marciales en manera alguna son los únicos historiadores militares de la conquista. Varios otros compañeros de Pizarro escribieron narraciones que desgraciadamente se han perdido. Sorprende en verdad que el deseo de fijar por escrito algún relato de la civilización indígena que descubriera predominase tanto entre los conquistadores. Esta circunstancia justifica apenas el calificativo de "soldadesca ruda" que suele aplicarse a los descubridores del Perú. (1)

Las crónicas de los conquistadores soldados no son menos valiosas que las de los legistas y religiosos que fueron en pos de sus huellas; pero estos últimos tratan la materia desde puntos de vista un tanto diferente y así aportan información suplementaria. Se han conservado las crónicas de cuatro legistas que existen aún, y

(1) Sabemos por León Pinelo que los miembros de la famosa banda de aventureros que cruzaron la línea trazada en la arena en la isla del Gallo fueron también cronistas (Antonio i i, 645); pero la *Relación de la Tierra que descubrió Don Francisco Pizarro*, por Diego de Truxillo, permaneció en estado de manuscrito y se ha perdido. Francisco de Chávez, uno de los más respetados entre los Compañeros de Pizarro, que se esforzó por salvar la vida de Atahualpa, amigo íntimo del hermano del Inca, fué también cronista. Chavez se distingue honorablemente por su moderación y su humanidad. Perdió la vida defendiendo la escalinata del palacio por donde querían subir los asesinos de Pizarro. Dejó una narración copiosa y sus relaciones

la de otro se ha perdido. De aquellas la del licenciado Polo de Ondegardo es, sin duda, la más importante. Este docto jurista acompañó al presidente La Gasca en su campaña contra Gonzalo Pizarro habiendo llegado en el Perú algunos años antes, y posteriormente desempeñó el cargo de corregidor del Cuzco. Sirviendo a las órdenes del virrey Don Francisco de Toledo fué constantemente consultado por este estadista perspicaz pero estrecho de espíritu. Sus atribuciones condujeron así a Polo de Ondegardo a la indagación diligente de las leyes y la administración de los Incas con el propósito de adaptar todo lo aplicable al nuevo régimen; pero su versación en la lengua indígena era limitada por lo cual conviene recibir con cautela muchas de sus informaciones. Sus dos relaciones, la primera dedicada al Marqués de Cañete en 1561, y la segunda, terminada en 1570, revisten la forma de respuestas a interrogatorios acerca de recaudación de impuestos y otros puntos administrativos. Estas crónicas encierran informaciones respecto a costumbres sociales, ritos religiosos y leyes de los Incas y aún se encuentran en estado de manuscrito. Otro informe de Polo de Ondegardo existe en la Biblioteca Nacional de Madrid y ha sido traducido al inglés para la Sociedad Hakluyt. En este tratado, el ilustre corregidor describe los principios conforme a los cuales realizaban los Incas sus conquistas, la división y posesión de las tierras, el sistema de tributación, los reglamentos para la preservación de la caza, y para la conservación de los bosques y los detalles de la administración. De vez en cuando señala el cronista la manera en que la legislación de los Incas podría ser imitada y utilizada por los conquistadores. Aunque abogado de profesión Agustín de Zárate sirvió durante algunos años en el ramo de Hacienda del gobierno español antes de dirigirse al Perú con el virrey Blasco Núñez para examinar las cuentas de la Colonia. A su regreso a España se le encomendó una misión análoga en Flandes. Su crónica *Provincia del Perú* fué publicada por vez primera en Amberes en 1555. No familiarizado con las lenguas indígenas e ignorando el significado verdadero de muchas de sus informaciones, Zárate fué, con todo, observador perspicaz, y su testimonio es aprovechable en lo que respecta a lo que fué objeto de observación inmediata. Nos da una de las mejores descripciones de los caminos incaicos.

La Relación de Fernando de Santillán es una crónica que pue-

hacen suponer que aquella contuvo muchas informaciones valiosas con respecto a la civilización incaica. Heredó esta crónica Luis de Valera, el amigo y pariente del autor, pero el manuscrito nunca fué impreso y se perdió. Las obras de Palomino, un compañero de Benalcázar que escribió sobre el reino de Quito se perdieron también, a excepción de un fragmento conservado en el **Breve Informe** de Las Casas. Se menciona a otros soldados de la conquista, Tomás Vásquez, Francisco de Villacastín, García de Melo, y Alonso de Mesa, como a hombres doctos y versados en todo lo referente a las antigüedades incaicas; pero ninguna de sus crónicas se han conservado.

de clasificarse junto con los relatos de Polo de Ordegardo, y su autor disfrutó de iguales ventajas que Polo en la recopilación de sus informaciones. Santillán llegó al Perú en calidad de juez de la Audiencia en 1555, y por breve tiempo se halló a la cabeza del gobierno, a raíz de la muerte del virrey Mendoza, habiendo de emprender una campaña militar para sofocar el alzamiento de Girón. Sirvió posteriormente en Chile y en Quito donde fué comisionado para establecer una corte de justicia. De vuelta a España abrazó órdenes sagradas y fué nombrado Obispo de la Plata, pero falleció en Lima en 1576 mientras se dirigía a su distante sede. La *Relación* de Santillán permaneció en estado de manuscrito en la Biblioteca del Escorial hasta que la editó Don Marcos Jiménez de la Espada en 1879. Parece que este relato fué redactado en obediencia a un decreto que mandó los jueces de Lima examinasen a los indios ancianos y doctos acerca del sistema administrativo de los Incas. El informe de Santillán constituye principalmente un tratado acerca de las leyes y costumbres referentes a la recaudación de tributos. El cronista da testimonio de la excelencia del gobierno de los Incas, y de la condición infeliz a que redujo al país debido al desgobierno español.

La obra del Licenciado Juan de Matienzo, contemporáneo de Ondegardo, que se titula *Gobierno de el Perú* está todavía en forma de manuscrito. Como Santiago y Ordegardo, Matienzo trata de las instituciones antiguas con miras a la organización del mejor sistema posible bajo el régimen español.

Se dice que Melchor Bravo de Saravia, otro juez de la Real Audiencia de Lima y contemporáneo de Santillán escribió una obra sobre las antigüedades del Perú pero la referida obra o se perdió o no está todavía al alcance del estudioso. Velasco se refiere a ella; Cieza de León al final de la Segunda Parte de su crónica dice que su propia obra fué leída por los ilustres oidores Fernando de Santillán y Bravo de Saravia.

Mientras los legistas ponían su atención principalmente en la administración civil del pueblo conquistado, los frailes estudiaron naturalmente las creencias religiosas y los idiomas de las diversas tribus del país y recolectaron sus tradiciones históricas. El mejor y más perfecto de estos cronistas sacerdotales parece que fué Blas Valera a juzgar por los fragmentos de su crónica que se libraron de la destrucción. Nació este religioso en el Perú en 1551 en la provincia de Chachapoyas donde vivía su padre, Luis Valera, uno de los primeros conquistadores. El joven Blas fué recibido en la Compañía de Jesús de Lima cuando tenía 17 años, y como era de la raza Inca por su madre, su versación en las lenguas indígenas lo hicieron muy útil en el colegio de Cuzco. Fué misionero en los pueblos circunvecinos y adquirió un conocimiento profundo de la historia y de las instituciones de los Incas. Al cabo completó una obra sobre la materia en

latín que sus superiores enviaron a España con el propósito de que allí se publicara. Desgraciadamente en 1596 la mayor parte de su manuscrito se quemó en el saqueo de Cádiz por el Conde de Essex, y Blas Valera murió poco después. Los fragmentos salvados de la destrucción cayeron en manos de Garcilaso de la Vega quien los tradujo al español y los publicó en sus *Comentarios*. A Blas Valera debemos la conservación de dos ejemplares de la poesía incaica y un cálculo de su cronología. También registró este cronista los dichos tradicionales de varios soberanos Incas y entre sus fragmentos hay capítulos interesantes acerca de la religión, las leyes y decretos, y la lengua de los Incas y sobre los vegetales y las drogas medicinales del Perú. Estos fragmentos acreditan que Blas Valera fué escritor elegante, un observador perspicaz, y que dominaba plenamente su materia y acrecienta el sentimiento de tristeza que causa la irreparable pérdida sufrida por la destrucción del resto de su obra.

Después de Blas Valera la autoridad más importante sobre la civilización incaica entre los religiosos españoles que estuvieron en el Perú durante el siglo XVI es, sin duda, Cristóbal de Molina. Fué este religioso capellán en el hospital para indígenas del Cuzco y escribió su crónica entre 1570 y 1584, el período que abarcó el obispado del Doctor Sebastián de Artaun, a quien está dedicada aquella. Molina da una minuciosa y detallada descripción de las ceremonias que acompañan a todas las fiestas religiosas que se realizaban durante el año, junto con las oraciones que rezaban los sacerdotes indígenas en cada ocasión. De las catorce oraciones que trae Molina, cuatro están dirigidas al ser supremo, dos al sol, y las demás a éstas y otras deidades. Su maestría en el idioma quechua, su intimidad con los caciques y sabios indígenas, y su larga residencia en el Cuzco, ponen a Molina a muy alto nivel como autoridad en cuanto a la civilización incaica. Su crónica permaneció en estado de manuscrito pero ha sido traducido al inglés e impresa para la Sociedad Hakluyt.

En la dedicatoria de esta crónica al Obispo Artaun, Molina menciona un relato anterior que presentara acerca del origen, historia, y gobierno de los Incas. Felizmente esta descripción fué conservada por Miguel Cabello Balboa, cronista que escribió en Quito entre 1576 y 1586. Balboa, un soldado que abrigó órdenes sacerdotales a edad madura llegó a América en 1566, y se estableció en Quito donde se ocupó en la preparación de una obra que tituló *Miscelánea Austral*. Consta de tres partes, pero solamente la tercera que comprende casi la mitad de la crónica, tiene relación con el Perú. Balboa nos dice que la autoridad en que se funda en lo tocante a las primitivas tradiciones y la historia de los Incas fué el ilustre Cristóbal de Molina, lo cual confiere especial valor a la obra de Balboa. Además, Balboa es la única autoridad que trae una descripción del origen de la gente costeña, y también trae un relato detallado de la guerra entre Huáscar y Atahualpa. La parte de

su crónica que trata del Perú fué traducido al francés y publicado por Ternaux Compans en 1840.

Los Jesuítas que llegaron al Perú durante el último tercio del siglo XVI, se dedicaron a labores misioneras e impulsaron el estudio de las lenguas y de la historia indígenas. Entre los más ilustres figura José de Acosta, quien se dirigió al Perú en 1570. A la temprana edad de treinta y cinco años, Acosta fué elegido Provincial de su orden en el Perú, y sus atribuciones le obligaron a viajar por todas las regiones del país. Sus vastos conocimientos que se exhiben en sus varias obras teológicas permitieron comprender la tarea de escribir su *Historia Natural y Moral de las Indias* cuyo valor acrecienta la versación personal del autor acerca de los países y habitantes que describe. Acosta regresó a España con la flota española que zarpó del Perú en 1587, y su primer cuidado al volver a la madre patria fué la publicación de sus manuscritos. Los frutos de sus investigaciones sud-americanas vieron luz por vez primera en latín de 1588 a 1589. La crónica completa en español se publicó en Sevilla en 1590. Su éxito nunca fué dudoso. En sus últimos años, Acosta fué director del colegio de los Jesuítas, en Salamanca, donde murió a los sesenta años el 15 de Febrero de 1600. A pesar de la ciencia y diligencia de Acosta y de la gran popularidad de su crónica, no se puede considerar ésta como una de las más valiosas contribuciones al conocimiento de la civilización incaica. La información que contiene es muchas veces inexacta, sus detalles son menos completos que en la mayor parte de las demás crónicas escritas a raíz de la conquista y a menudo se trasluce la ignorancia del idioma nativo por parte del cronista. Los mejores capítulos son los que tratan de plantas y animales del Perú. Feijoo llama a Acosta el Plinio del Nuevo Mundo.

El licenciado Fernando de Montesinos, natural de Osuna, fué uno de los más diligentes entre los primeros investigadores de la Colonia de la historia y tradiciones incaicas. Montesinos se dirigió al Perú en la armada que llevó el Conde de Chinchón, habiendo llegado en el año de 1629. Después de desembarcar en Paita, Montesinos viajó hacia el sur en dirección a la capital hasta llegar a la ciudad de Trujillo. El Dr. Carlos Marcelino Corni, sabedor de la virtud y sabiduría de Montesinos, pidió que le concediesen permanecer en Trujillo y encargarse de la dirección del colegio de los Jesuítas que el buen obispo fundara allí. Montesinos permaneció en Trujillo hasta la muerte del obispo Corni, acaecida en Octubre de 1629 y se dirigió luego a Potosí donde se dedicó a estudiar el perfeccionamiento de los métodos de la extracción de la plata. Escribió un libro sobre la materia, que se publicó en Lima; y compiló también un código de ordenanzas de minas destinado a poner fin a los litigios mineros el cual mereció aprobación oficial. De vuelta a la capital residió algunos años en Lima como capellán de una de las iglesias menores,

y consagró todas sus energías a la preparación de una historia del Perú. Haciendo de Lima el centro, de sus indagaciones, el estudioso infatigable recorrió todo el país acudiendo donde quiera que sabía que había indígenas versados que consultar, documentos históricos que copiar, o información alguna que recoger. Recorrió más de 1500 leguas, desde Quito a Potosí. En 1639 le encomendaron la descripción del famoso Auto de Fé que se celebró en Lima aquel año. Sus dos grandes obras históricas se titulan *Memorias Antiguas Historiales del Perú* y *Anales o Memorias Nuevas del Perú*. (Esta última obra trata de la Conquista) De Lima pasó Montesinos a Quito como "Visitador General", con plenos poderes otorgados por el obispo.

La obra de Montesinos permaneció en estado de manuscrito hasta que la tradujo al francés M. Ternaux Compans en 1840 con el título de *Mémoires Historiques sur l'Ancien Pérou*. En 1882 el texto español fué objeto de una edición erudita por Don Marcos Jiménez de la Espada. Montesinos trae la historia de varias dinastías que antecedieron a los Incas, y enumera más de cien soberanos. Declara haber logrado conocimiento de los anales antiguos por medio de las interpretaciones de los *quipus* que le comunicaron los peritos indígenas. Desde tiempos atrás se ha venido creyendo que esta relación de los primitivos soberanos del Perú no estaba respaldada por ningún otro cronista lo cual daba legítimo fundamento para desacreditar a Montesinos; pero recientemente se ha descubierto una crónica de igual o mayor antigüedad que la del licenciado, en la cual se menciona por lo menos a dos de los soberanos antiguos que figuran en las listas de Montesinos. Esta circunstancia cambia el aspecto de la cuestión y coloca a las Memorias Antiguas del Perú en lugar más alto como autoridad, pues prueba que las tradiciones antiquísimas que Montesinos declaró haber recibido de los indígenas habían sido comunicadas con anterioridad, por lo menos a otro investigador independiente.

Este investigador independiente es un cronista cuya obra valiosa fué editada recientemente por Don Marcos Jiménez de la Espada. Su relato es anónimo, pero su contenido evidencia que el autor fué un Jesuíta, y probablemente uno de los primeros que llegaron al Perú en 1568, aunque parece que escribió su crónica muchos años después. El Jesuíta anónimo da noticias de crónicas sobre la civilización peruana, hoy perdida. Describe los templos, las órdenes sacerdotales, los sacrificios y las ceremonias religiosas, y explica el origen de la creencia errónea acerca de sacrificios humanos. Trae asimismo el código de leyes penales y las costumbres de la vida civil, y concluye su obra con un breve tratado acerca de la conversión de los indios.

Los esfuerzos de los virreyes y de los arzobispos de Lima durante los primeros años de siglo XVII en pro de la extirpación de

la idolatría, especialmente en la provincia de Lima, determinaron la preparación de informes, que contienen abundantes noticias curiosas, por los sacerdotes encargados de los trabajos de la extirpación. Estos fueron los padres Hernando de Avendaño, Francisco de Avila, Luis de Teruel y Pablo José de Arriaga. Avendaño, además de sus sermones en quechua, escribió una *Relación de las Idolatrías de los Indios*, que aún se halla en estado de manuscrito. Avila fué comisionado en la provincia de Huarochirí y en 1608 escribió un informe acerca de los ídolos y supersticiones de la gente de esa provincia, que contiene algunas leyendas religiosas curiosísimas. Parece que escribió su testimonio original en quechua, transcribiendo de boca de los indios con la intención de traducirlo al español, pero se cree que terminó solamente seis capítulos en castellano o tal vez otra persona hizo la traducción. Todavía quedan treinta y uno en quechua esperando la mano de algún erudito peruano. Ningún trabajo puede ser más útil que éste para los quechuistas que abundan en el Perú. Este importante informe de Avila está encerrado en un volumen manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, y los seis capítulos en español han sido traducidos e impresos para la Sociedad Hakluyt. Teruel fué amigo y compañero de Avila. Escribió también un tratado sobre idolatrías indígenas, y otro sobre el mismo tema en el cual trata del origen de la gente costeña. Arriaga escribió una obra más valiosa aún que fué impresa en Lima en 1621 y que relata las creencias y prácticas religiosas populares, minuciosamente.

Tesoros de antigüedades de gran valor se hallan sepultadas en las crónicas de los religiosos cuyo objeto principal es registrar los hechos de una u otra de las comunidades religiosas. La más importante de aquellas es la *Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*; del Padre Antonio de la Calancha (1638-1653), la cual es un precioso archivo de detalles referentes a las maneras y costumbres de los indios y a la topografía del país. De menor valor es la Crónica de los Franciscanos por Diego de Córdova y Salinas, publicada en Madrid en 1643.

Una crónica cuyo título da aún menor promesa de encerrar información provechosa es la historia de la imagen milagrosa de una virgen de Copacabana por Fray Alonso Ramos Gavilán; pero arroja luz inesperada sobre los movimientos de los *mitimaes* o colonos incaicos; trae nuevos detalles con respecto a las vírgenes consagradas, a los sacrificios, y a los dioses adorados en el Collao, y da una nueva versión del calendario incaico.

La crónica sobre el origen de los indios del Nuevo Mundo por fray Gregorio García, quien viajó mucho por las colonias españolas, es valiosa, y a García debemos la primera noticia de la inapreciable crónica de Betanzos. Su crónica especial sobre los Incas se ha

perdido. Fray Martín de Morúa, natural de Guernica en Viscaya fué un eclesiástico de cierta eminencia en el Perú. Escribió una historia general de los Incas, que copió el Dr. Muñoz para su colección y León Pinelo dice que el manuscrito fué ilustrado con dibujos en colores de las insignias, retratos y vestidos de los Incas.

Acabamos de pasar revista a los escritores principales acerca de la civilización incaica del siglo inmediatamente posterior a la conquista, perteneciente a las tres profesiones de soldado, jurista y religioso. Ahora debemos estudiar a los escritores indígenas que siguieron a Blas Valera. Descuella entre estos el Inca Garcilaso de la Vega, cronista cuyo nombre es más familiar probablemente al lector corriente que el de cualquier otro de los cronistas. Entre los conquistadores españoles que llegaron al Perú en 1534 figuraba Garcilaso de la Vega, caballero de muy noble linaje que se estableció en el Cuzco y se casó con una princesa Inca llamada Chimpu Oello, sobrina del Inca Huayna Ccapac. El hijo de ambos, el historiador futuro, nació en Cuzco en 1539, y sus primeros recuerdos provinieron de los impresionantes sucesos de la guerra civil entre Gonzalo Pizarro y el presidente La Gasca en 1548. Su madre murió poco después, probablemente en 1550 y su padre contrajo nuevas nupcias. El niño solía estar entre su parentela materna y a menudo oía hablar a esos sus parientes de los tiempos incaicos y repetir sus tradiciones históricas. La educación no fué descuidada pues el buen canónigo Juan de Cuéllar enseñó latín a los hijos mestizos de los españoles del Cuzco durante casi dos años en medio de los disturbios de las guerras civiles. Ya mozaibete lo empleó su padre en visitar sus fincas y el joven Garcilaso viajó por casi todo el Perú. Garcilaso de la Vega, padre, murió en 1560 y el joven huérfano decidió probar fortuna en la tierra paterna. Llegado a España, recibido cariñosamente y protegido por sus parientes paternos, llegó a ser capitán del ejército de Felipe II y al retirarse en su vejez se estableció en su casa particular de Córdoba donde se dedicó a labores literarias. Su primer trabajo fué una traducción del italiano de "Los Diálogos de Amor", y en 1591 terminó su crónica de la expedición de Hernando de Soto a Florida.

Al correr los años, el Inca empezó a pensar más y más en su tierra natal. Con la ancianidad revivió los recuerdos de su infancia, de las charlas nocturnas con sus parientes Incas. Se enorgullecía tanto de su ascendencia por línea materna de los grandes soberanos del Perú como de su vieja ascendencia castellana por la línea paterna. Parece que la publicación de varios libros acerca de su tierra natal le decidieron al cabo emprender una obra en la cual, al tiempo que registraba sus propios recuerdos y las informaciones que podría recoger, hacía también comentarios sobre las aserciones de otros autores. Por esto dió el título de *Comentarios* a su

crónica. Además de los fragmentos de la crónica de Blas Valera, que enriquecen la otra de Garcilaso, el Inca cita pasajes de las crónicas de Acosta, de Gomara, de Zárate, y de la primera parte de la obra de Cieza de León. Tuvo la suerte de recibir los capítulos de Blas Valera salvados del saqueo de Cádiz. Escribió también a todos sus condiscípulos que aún vivían en el Perú pidiéndoles colaboración, y recibió de ellos muchas tradiciones y respuestas detalladas sobre otros temas. Así Alcobaza le envió una descripción de las ruinas de Tiahuanaco, y otro amigo le mandó las medidas de la gran fortaleza del Cuzco.

El Inca Garcilaso de la Vega es, sin duda, la primera autoridad acerca de la civilización de sus antepasados; pero es necesario considerar las circunstancias que lo califican, y el valor exacto de su testimonio. Vivió en el Perú hasta los veinte años; el quechua fué su lengua nativa y él escuchó constantemente en su mocedad las tradiciones de los Incas de labios de sus parientes maternos; pero cuando empezó a escribir hacía más de treinta años que se había separado de esas relaciones. Recibió del Perú materias que le ayudaron a componer una narración histórica, la cual no es, sin embargo, muy fidedigna. El verdadero valor de su obra proviene de sus propias reminiscencias que suscitaba la lectura de los libros materia de sus comentarios, y de su correspondencia con sus amigos del Perú. Su memoria era excelente, como lo prueban a menudo sus correcciones de los errores de Acosta, y otros en los cuales siempre tiene razón. No fué crédulo si se considera el tiempo en que vivió ni fué propenso a dar rienda suelta a su imaginación. Más de una vez rechaza las etimologías fantásticas de los autores cuyas obras critica. Sus relatos de las batallas y conquistas de los primeros Incas a menudo son pesados, lo cual él mismo reconoce. Por eso los entremezcla con capítulos más interesantes acerca de las ceremonias religiosas y las costumbres domésticas del pueblo peruano, y sobre sus progresos en poesía, astronomía, música, medicina y artes. De vez en cuando inserta una anécdota que extrae del archivo de su memoria, o algún recuerdo personal que le evoca el tema de su narración. Sus asertos frecuentemente son confirmados por cronistas cuyas obras él nunca vió. Así su curioso relato de los sacrificios del agua que no menciona ningún otro cronista lo comprueba la descripción completa que trae el manuscrito de Molina. En cambio la prolongada ausencia del Inca de su tierra natal, le acarreó graves desventajas. Los recuerdos de su infancia por muy interesantes que fuesen no podían por su propia índole darle nociones críticas, así es que los errores de su crónica son serios y frecuentes. El Dr. Villar ha anotado su equivocación completa acerca del Ser Supremo de los peruanos, y del significado de la palabra "Uiracocha". Con todos sus defectos la crónica del Inca Garcilaso de la Vega deberá ser siem-

pre la fuente principal de nuestra información, y sin su fecunda labor, la historia de los Incas perdería la mayor parte de su atractivo.

La primera parte de sus *Comentarios Reales* que sólo trata de la materia que nos interesa fué publicada en Lisboa en 1607. El autor falleció en Córdoba a la edad de setenta y seis años y fué enterrado en la catedral de la ciudad en 1616. Vivió lo preciso para cumplir con su más caro anhelo de dar cima a la obra en la cual trabajó con tanto cariño y constancia durante tantos años.

SIR CLEMENTS R. MARKHAM.

(Continuará).

